

4. La espiritualidad vicenciana, una espiritualidad profética

1. VER – Una mirada contemplativa



La Sinodalidad plantea el tema de la relación entre *memoria*, *testimonio* y *profecía*, como claves de la autocomprensión de la Iglesia. De hecho, como memoria viva del Evangelio, la Iglesia es testigo del amor del Padre que se revela en Jesucristo y actúa por el dinamismo del Espíritu. Su profecía nasce precisamente de aquello que ella es en su misterio: icono de la Trinidad, sacramento del Reino, signo e instrumento de la salvación para toda la humanidad. Esa profecía se refleja en su identidad de pueblo de Dios peregrino, en el cual todos los bautizados tienen la misma dignidad y están igualmente llamados a la santidad en la diversidad de vocaciones, carismas y ministerios. Tal profecía se verifica en su misión de evangelizar, anunciando las insondables riquezas de Cristo para promover y defender la vida de todos, con una particular atención a los más pobres. Ejerciendo esa multiforme profecía, en los más distintos contextos donde se realiza la misión de la Iglesia, muchos entregaron sus vidas con Cristo y como Cristo, dando la prueba más grande de amor a los hermanos, movidos por la fe que profesaban. Los mártires son la

expresión más contundente de la profecía de la Iglesia sinodal. La profecía de la Iglesia se manifiesta aún en su esfuerzo permanente de conversión, como recordó el Vaticano II al hablar de la *“ecclesia semper reformanda”* que *“avanza continuamente por la senda de la penitencia y la renovación”* (LG 8). Y eso en vista de una creciente comunión entre sus miembros y de su misión al servicio de la humanidad.

Como célula viva de la Iglesia, también la Congregación de la Misión se comprende como memoria, testimonio y profecía. Y lo hace desde lo específico de la gracia propia que le fue otorgada por el Espíritu: el carisma vicenciano. Así, la Congregación está llamada a ser, en el corazón de la Iglesia, memoria viva de la predilección de Dios por los pobres, prologando la misión salvadora de Jesucristo en la fuerza del Espíritu. Como testigos de la caridad misionera del Hijo de Dios y revestidos de su espíritu, los Sacerdotes y Hermanos de la Misión se comprometen de modo decisivo con la evangelización y el servicio de los pobres y la formación del clero y de los laicos, mediante una enorme multiplicidad de

iniciativas, ministerios y obras. La identidad de la Congregación es radicalmente *kerigmatica* y *diaconal*, precisamente porque se arraiga en el Evangelio y se orienta hacia la caridad. De eso dan testimonio aquellos que dejaron huellas imborrables en el camino de santidad que estamos llamados a recorrer, especialmente nuestros cohermanos mártires. Cuanto más se compenetra de su identidad misionera y asume la sinodalidad como inspiración de su estilo de vida y de su actuación, más la Congregación se convierte en una profecía para la Iglesia y el mundo. De ahí que la profecía no se confunde con una estrategia, un discurso o una ideología, sino que es el desbordamiento de una identidad carismática encarnada históricamente, bajo el impulso de una de una vocación acogida en la fe.

Para llegar a ser profecía tanto la Iglesia como la Congregación necesitan dejarse conducir por el Espíritu del Señor y disponerse a la conversión y a la reforma, sin las cuales todo esfuerzo de revisión y revitalización quedará falto de profundidad y de consistencia. La última Asamblea General quiso empujarnos en esta perspectiva, invitándonos a que *“pongamos nuestro barro frágil en las manos del alfarero (cf. Is 64,8), que acojamos formas creativas de vivir nuestro carisma y que vivamos un ‘nuevo Pentecostés’ para que en nosotros brillen los signos palpables del Reino. En medio de las incertidumbres de los tiempos, se nos desafía a emprender un ‘camino de conversión y purificación que ayude a redescubrir el fundamento y la identidad de la propia llamada, sin dejarse llevar por el pesimismo o por la frustración estresante de quien se siente impotente y se prepara para lo peor”*. Así que todas los miembros y estructuras de la Congregación están verdaderamente convocados a acoger la gracia y a asumir el desafío de la Sinodalidad como camino de revisión y renovación para convertirse en una prometedora profecía del Reino para la Iglesia y el mundo.

1. JUZGAR – un discernimiento lúcido

a) A la luz de la Palabra (leer: Lc 7,11-17)

La profecía de Jesús de Nazaret se irradia a través de la calidad de su presencia, de su entrega generosa a los demás, de su cercanía misericordiosa y de sus gestos y palabras capaces de comunicar vida, esperanza y salvación a quienes se encuentran desfallecidos.

b) A la luz del carisma vicenciano

San Vicente se mostraba convencido de que la primera forma de profecía es la fidelidad a la vocación que hemos recibido. Lo dijo expresamente en muchas ocasiones, con palabras alentadoras y estimulantes, como en la conclusión de la célebre conferencia sobre la finalidad de la Congregación de la Misión, del 6 de diciembre de 1658:

“Entreguémonos a Dios, hermanos, para que nos conceda la gracia de mantenernos firmes. Tengamos firmeza, hermanos míos, tengamos firmeza, por amor de Dios; él será fiel a sus promesas y no nos abandonará jamás, mientras le estemos sometidos para el cumplimiento de sus designios. Mantengámonos firmes en el círculo de nuestra vocación; esforcémonos en tener vida interior, en concebir grandes y santos ideales por el servicio de Dios; hagamos el bien que se nos presente de la manera que hemos dicho. No digo que haya que llegar hasta lo infinito y abrazarlo todo indiferentemente, pero sí todo lo que Dios nos dé a conocer que pide de nosotros. Nosotros somos para él y no para nosotros; si aumenta nuestro trabajo, él también aumentará

nuestras fuerzas. ¡Oh Salvador! ¡Qué felicidad! ¡Oh Salvador! Si hubiera varios paraísos, ¿a quién se los darías sino a un misionero que se haya mantenido con reverencia en todas las obras que le has encomendado y que no ha rebajado las obligaciones de su estado? Esto es lo que esperamos, hermanos míos, y lo que le pediremos a su divina Majestad; y todos, en este momento, le daremos gracias infinitas por habernos llamado y escogido para unas funciones tan santas y santificadas por el mismo nuestro Señor, que fue el primero en practicarlas. ¡Oh! ¡Cuántas gracias tenemos motivos para esperar, si las practicamos con su mismo espíritu, por la gloria de su Padre y por la salvación de las almas!» (SV XI-3, 398).

Detengámonos en tres de los artículos de las Constituciones que tratan de la actividad apostólica de la Congregación y procuremos sacar inspiraciones para revitalizar la dimensión profética de nuestra espiritualidad.

10.— La Congregación de la Misión, desde los tiempos del Fundador y por inspiración suya, se reconoce llamada por Dios a llevar a cabo la obra de la evangelización de los pobres. Puede afirmar de sí misma, como la Iglesia toda, pero de un modo peculiar, que la misión de evangelizar constituye su gracia y vocación propia y expresa su verdadera naturaleza (cf. EN 14). Más aún, todos y cada uno de sus miembros se atreven a decir con Jesús: «Tengo que anunciarles el Reino de Dios, para eso me han enviado» (Lc 4,43).

11.— La caridad de Cristo que se compadece de la muchedumbre (cf. Mc 8,2) es la fuente de toda nuestra actividad apostólica, y nos impulsa, según la expresión de San Vicente, «a hacer efectivo el Evangelio» (SV XII, 84; ES XI, 391). En las diversas circunstancias de tiempo y lugar, nuestra evangelización de palabra y de obra debe tender a que todos, por la conversión y la celebración de los sacramentos, se adhieran «al Reino, es decir, al mundo nuevo, al nuevo estado de cosas, a la nueva manera de ser, a la nueva forma de vivir, de vivir juntos inaugurada por el Evangelio» (EN 23).

12.— En la obra de evangelización que la Congregación se propone realizar, tengamos presentes estas características: 1.º preferencia clara y expresa por el apostolado entre los pobres: su evangelización, en efecto, es señal de que el Reino de Dios se acerca a la tierra (cfr. Mt 11,5); 2.º atención a la realidad de la sociedad humana, sobre todo, a las causas de la desigual distribución de los bienes en el mundo, a fin de cumplir mejor con la función profética de evangelizar; 3.º alguna participación en la condición de los pobres, de modo que no sólo procuremos evangelizarlos, sino también ser evangelizados por ellos; 4.º verdadero sentido comunitario en las obras apostólicas, de manera que nos fortalezcamos unos a otros en la común vocación; 5.º disponibilidad para ir al mundo entero, a ejemplo de los primeros misioneros de la Congregación; 6.º búsqueda continua de la conversión, tanto por parte de cada uno como por parte de la Congregación entera, según la mente de San Pablo que aconseja: «No os amoldéis al mundo este, sino lo transformando con la nueva mentalidad» (Rm 12,2).

2. ACTUAR – Un compromiso renovado

Iluminados por el Evangelio y por la tradición vicenciana...

- ¿Cómo podemos encarnar la profecía de nuestra espiritualidad misionera?
- ¿Ejercemos la profecía en su doble vertiente: *ad intra* (revisión de vida, revitalización espiritual, conversión personal y comunitaria, cambio de énfasis,

corrección de rutas institucionales, etc.) y *ad extra* (revisión de obras, revitalización misionera, conversión pastoral, creatividad ministerial, nuevas fronteras apostólicas, etc.)?

- A partir de las realidades sociales y eclesiales en las que nos ubicamos, ¿cómo se manifiesta la profecía kerigmatica y diaconal de nuestra presencia misionera?

Recemos con el Papa Francisco...

Virgen y Madre María,
tú que, movida por el Espíritu,
acogiste al Verbo de la vida
en la profundidad de tu humilde fe,
totalmente entregada al Eterno,
ayúdanos a decir nuestro «sí»
ante la urgencia, más imperiosa que nunca,
de hacer resonar la Buena Noticia de Jesús.

Tú, llena de la presencia de Cristo,
llevaste la alegría a Juan el Bautista,
haciéndolo exultar en el seno de su madre.
Tú, estremecida de gozo,
cantaste las maravillas del Señor.
Tú, que estuviste plantada ante la cruz
con una fe inquebrantable
y recibiste el alegre consuelo de la resurrección,
recogiste a los discípulos en la espera del Espíritu
para que naciera la Iglesia evangelizadora.

Consíguenos ahora un nuevo ardor de resucitados
para llevar a todos el Evangelio de la vida
que vence a la muerte.
Danos la santa audacia de buscar nuevos caminos
para que llegue a todos
el don de la belleza que no se apaga.

Tú, Virgen de la escucha y la contemplación,
madre del amor, esposa de las bodas eternas,
intercede por la Iglesia, de la cual eres el icono purísimo,
para que ella nunca se encierre ni se detenga
en su pasión por instaurar el Reino.

Estrella de la nueva evangelización,
ayúdanos a resplandecer en el testimonio de la comunión,
del servicio, de la fe ardiente y generosa,
de la justicia y el amor a los pobres,
para que la alegría del Evangelio
llegue hasta los confines de la tierra
y ninguna periferia se prive de su luz.

Madre del Evangelio viviente,
manantial de alegría para los pequeños,
ruega por nosotros.
Amén. Aleluya.

[*Evangelii gaudium*, n. 288]